

Preguntó despues qué pena merecian los culpables, y respondieron los obispos que era necesario anatematizar á todos los escandalosos romanos ó lombardos, y generalmente de cualquiera nacion que fuesen. Inmediatamente decidió el Papa en estos términos delante del cuerpo de San Pedro: «si alguno se casare con una sacerdotisa, diáconisa ó religiosa, con su comadre, con la muger de su padre ó de su hermano, de su hijo, con su sobrina, su prima ó su parienta por consanguinidad ó afinidad, sea anatematizado.» Todos repitieron tres veces: «sea anatematizado.» Llamaban sacerdotisa á aquella muger cuyo esposo se habia ordenado de sacerdote; la cual no podia ya casarse ni aun despues de la muerte de su consorte. Condenaron en la misma forma al

que robase alguna doncella ó viuda, al que se sirviese de encantamientos ó consultase á los adivinos ó agoreros; al que hubiese usurpado tierras con perjuicio de las letras apostólicas; y finalmente, á los clérigos que por afectar un aire militar y mundano se dejasen crecer el pelo á la manera de los bárbaros.

Así se aplicaba el Sumo Pontífice á restablecer la regularidad y hacer florecer de todos modos la Religion en Occidente, mientras que en Oriente todo se iba disponiendo para darla uno de los mas fuerte asaltos que hasta entonces habia experimentado, arruinando con el culto exterior hasta la esperanza de reanimar la piedad en el corazon de los pueblos.

LIBRO VIGÉSIMO-TERCERO.

Desde el principio de los iconoclastas en el año 726, hasta el reinado de Carlo-Magno en el de 768.

LA heregia de los iconoclastas, digna en verdad de su origen, nació entre los musulmanes, quienes reduciendo casi toda la Religion al horror de la idolatría, y traspasando, como es muy comun, los límites que se habian marcado, reputaron idolátrico todo culto ofrecido á las imágenes. Con el objeto de derribar el cristianismo por medio de esta preocupacion, un judío entusiasta llamado Sarantapechis, es decir, cuarenta-codos, segun el idioma griego de aquel tiempo, buscó al califa Vezid, y le ofreció una vida larga y feliz si obedecia á Dios

que le mandaba esterminar de sus Estados la idolatría echando abajo todas las imágenes de los cristianos (1). El califa egecutó esta supuesta orden del cielo, y esto no obstante murió ocho meses despues en el año 724. Su hijo Walid hizo morir al impostor en medio de los tormentos.

El emperador Leon Isáurico, que sin mas garantía que la opinion de los musulmanes juzgaba idolátrico todo culto tributado á las imágenes, cayó tambien en los lazos

(1) Theoph. Conc. VII. act. 5, pag. 386. (1)

de otro impostor (1), aunque este último, llamado Beser, y nacido de padres cristianos en Siria, era un apóstata despreciable, que hacia consistir todo su mérito en la prodigiosa fuerza de su cuerpo. Leon se declaró por la primera vez en el año 726, á causa de un fenómeno espantoso que miró como una señal de la ira de Dios, irritado, segun decia, por el honor que se tributaba á las imágenes de Jesucristo y de sus Santos. Despues de haber destruido por mar y por tierra á los sarracenos que habian ido á sitiar á Constantinopla, arrojó la máscara y creyó que su autoridad estaba bastante arraigada, para tocar á un objeto tan delicado como lo son en el espíritu de los pueblos los antiguos monumentos del culto público.

En el año 726, décimo de su reinado, osó reunir al pueblo inmenso de Constantinopla, y decirle sin rodeos que era una idolatría el erigir imágenes, y que no se debía venerarlas (2). Los ciudadanos solo contestaron con gemidos y sordos murmullos, y asi es que temió el emperador esplicarse mas, y aun procuró suavizar las proposiciones que habia proferido; mas no se engañó ni alucinó el santo y sábio patriarca German, quien mostró todo el horror que le causaba una doctrina inaudita en la Iglesia, en cuyos altares siempre habian estado espuestas las imágenes á la veneracion de los fieles; y manifestó por último, que este artículo del cristianismo era tan esencial que no dudaria perder la vida en su defensa.

La desgracia fué, como por lo regular sucede en toda disputa de Religion, que el príncipe contaba á su favor algunos obispos. Constantino de Nacolia en Frigia estaba tal vez mas apegado que Leon á la nueva impiedad, reputada por obra de este obispo, y cuya confirmacion procuró con mucho

empeño. El patriarca trabajó para reducirlo, dando principio á la empresa por escribir á su metropolitano Juan de Sinnada, el cual habia escrito ya sobre lo mismo á San German.

«Antes de recibir vuestra carta, le dice (1), vino el obispo Constantino, con quien he tenido una conferencia para saber de él exactamente lo que solo sabia por voces vagas; y ved aquí el fruto de mi conversacion. Es cierto, me dijo, que movido principalmente por aquellas palabras de la Escritura: *no harás, para adorarla, imagen alguna de cuanto hay en el cielo ó en la tierra*, he sostenido que no debian adorarse las obras de los hombres; pero creo á pesar de eso que los santos mártires son dignos de los honores públicos y de que se implore su intercesion. Le repliqué: la fé y las adoraciones del cristiano solo tienen por término á Dios, segun aquellas palabras de la Escritura: *adorará s al Señor tu Dios, y servirás á él solo*. A Dios únicamente dirigimos el culto supremo y á él se refiere efectivamente todo nuestro culto. No permita Dios que adoremos á las criaturas: no tributamos á otros siervos como nosotros los homenajes que solo son debidos al Altísimo. Cuando nos prosternamos ante los príncipes de la tierra, como el profeta Natán delante de David, no es para tributarles adoracion, y cuando permitimos hacer imágenes no intentamos alterar la pureza del culto divino. Nunca nos ha pasado por la imaginacion representar los atributos invisibles de la Divinidad, cuya incomprendible grandeza ni aun los mismos ángeles podrian bosquejárnosla.

«Pero porque el Hijo de Dios tuvo á bien hacerse hombre por nuestra salvacion, formamos la imagen de su humanidad para fortificar con su vista nuestra fé, y de este modo poseemos un medio poderoso para confundir á los herejes que han pretendido forjar una Encarnacion del Verbo puramente fantástica. Con iguales fines, para recordar con fé viva la memoria de nuestros misterios saludamos las imágenes de Jesucristo y las tributamos un culto convenientemente»

(1) Theoph. Conc. VII. act. 5, pag. 355. (1)

(2) Annal. Gr. pag. 412.

(1) Tom. 6. Cor pilior. pag. 280.

te. Pintamos también la figura de su Santa Madre para traernos á la memoria el gran prodigio que en ella obró el Espíritu Santo; pues siendo muger de la misma naturaleza que nosotros concibió y parió al Todopoderoso. También celebramos y llamamos bienaventurados á los mártires, á los Apóstoles, á los Profetas, y á todos los grandes siervos de Dios que llegaron á la participación permanente de su amistad, y que gozan de gran valimiento en el cielo: sus efigies refrescan en nosotros la memoria de sus virtudes y de su fidelidad en el servicio de Dios. No pretendemos de modo alguno que participen de la naturaleza Divina, ni les tributamos los honores debidos al Eterno, sino que únicamente intentamos mostrar el afecto que les profesamos, y acrecentar por el sentido de la vista la fé que hemos recibido por el oído. Hemos sido formados de carne y de espíritu, ¿y no deberemos ocupar en nuestra santificación las varias facultades de todos nuestros sentidos? Ved ahí, concluye el santo patriarca, el análisis de lo que hemos recordado al obispo de Nacolia, quien ha declarado delante de Dios que tal era también su modo de pensar, y que no escandalizaría á los pueblos con discursos ni acciones contrarias. Lo que debeis hacer, es leer esta carta en su presencia; y para quitar el escándalo pedirle una formal adhesión á esta doctrina.»

Hallándose en Constantinopla el obispo de Nacolia, le leyó la carta el santo patriarca, haciéndole el encargo de que él mismo la enviase á su metropolitano, para cuyo efecto le dió una copia. El obispo admitió la comisión y ofreció cumplir todo cuanto se le dijo; pues atendida la disposición de su pueblo, rebelado contra la impiedad de su doctrina y pronto á sublevarse contra su persona, importábale el disimulo hasta que llegase su tiempo. No envió sin embargo la carta á su metropolitano, quien tuvo ocasión de hacerlo saber al Patriarca. Este escribió con valentía al pastor infiel, y le suspendió de las funciones episcopales hasta que diese cumplimiento á la comisión.

Vióse además en la necesidad de escribir á Tomás de Claudiópolis, que también se había declarado contra las imágenes (1). Le reprendía desde luego su ficción, y le preguntaba por qué habiendo platicado con él tantas veces sobre distintos puntos de Religión, nunca le mentó un asunto de tanta importancia como las prácticas del culto público, en las cuales cualquiera novedad es capaz de escandalizar á los pueblos. Después le prueba la pureza de este culto, muy distinto del de los ídólatras, cuya alma torpe, no reconociendo cosa alguna fuera de lo visible, sus adoraciones no tienen regularmente otro término que en las obras de sus manos, y que degradando la naturaleza Divina, la representan como corporal y la circunscriben á un lugar limitado.

«En la formación de sus simulacros, prosigue, se imaginan hacer un Dios que antes no existía; y cuando este simulacro se arruina, creen no tener ya Dios hasta construir otro como él. Dignos son de semejante divinidad los honores que le tributan, acompañados de toda especie de disoluciones y de acciones y palabras vergonzosas; cuando por el contrario los cristianos, adorando la imagen de Jesucristo, no adoran el leño ni los colores que le adornan, sino al Dios invisible que la fé les descubre en el seno del Padre, y á quien ella hace le adoren en espíritu y verdad. Estas imágenes y las de los Santos solo sirven para escitarles á la virtud, al modo que lo harían los discursos ó ejemplos vivos de los hombres de bien. Si esta antigua costumbre nos arrastrase á la idolatría, ¿por qué no se ha derogado en tantos Concilios ecuménicos celebrados después de las persecuciones, en los que se determinaron cánones sobre objetos de menor importancia? El que ofreció á los Apóstoles que permanecería con ellos hasta la consumación de los siglos, ¿no hacía al propio tiempo esta promesa á los obispos

(1) Tom. 7. Cano. p. 298.

que habían de regir la Iglesia después de los Apóstoles? Y pues dijo que estaría en medio de dos ó tres congregados en su nombre, ¿podrá juzgarse que haya abandonado á la multitud congregada por el celo de la Religión? No está circunscrita esta especie de culto á un corto número de ciudades, ó á las menos populosas, sino que es la práctica de casi todos los países, é indudablemente la de las primeras y más ilustres iglesias.»

Contestando San German acerca de los abusos introducidos en el culto de las imágenes, añade que los fieles, honrando los retratos de sus parientes y amigos, no les ofrecen culto ni homenaje alguno, y que en el caso de adorar la imagen de un Santo, Dios es el objeto principal á quien dirigen la gloria; que nadie debe escandalizarse por ver colocar delante de las imágenes de los Santos luces ó perfumes, símbolos de sus virtudes y de la operación del Espíritu Santo; y que Dios se ha complacido con frecuencia en hacer venerables estos monumentos con los milagros que ha obrado por su medio. El santo patriarca cita con este motivo, como cosa cierta y por todos reconocida, la imagen milagrosa de la Santísima Virgen que estaba en Sozópolis, en Pisidia. Por lo que dice este Padre se observa, que en las iglesias no había más que imágenes pintadas, costumbre que conservan todavía los griegos; pero supuestos sus principios, preciso es confesar que en el culto de las estatuas no hay más abuso que en el de estas imágenes.

El patriarca no dejó de dar cuenta al Papa de acontecimientos de tanta trascendencia (1); y el Vicario de Jesucristo elogió en su respuesta el vigor con que se defendía en Constantinopla la doctrina de la Iglesia.

«Esta cree y procede como vos, dice á

(1) Conc. VII. act. 4 pag. 282.

San German; ¿y quién la acusará de haber caído en el error ó en la superstición? Llámense ídolos las pinturas imaginarias de lo que no existe, de lo que no tiene otra existencia que en las fábulas ó invenciones falsas de los paganos. Si en la Encarnación del Hijo de Dios no se han cumplido las profecías, no se debe pintar lo que no ha acontecido; pero pues todo ha sucedido en realidad, habiendo nacido el Salvador y obrado tantos milagros, y padecido y resucitado, justo es que el cielo y la tierra, que todo cuanto tiene vida ó existencia publique estas divinas maravillas por el discurso y la pintura. No: en la Iglesia nada hay de común con la idolatría: si alguno á imitación de los judíos nos acusa de ídólatras por la veneración que tributamos á las imágenes, dejaremos que ladre en su estupidez, y le diremos como al hebreo celoso:—;Pluguiese á Dios que Israel hubiese sabido usar de las cosas sensibles, por medio de las cuales quiso el Señor atraerle á sí: que hubiese antepuesto la vara milagrosa de Aarón á los prestigios de Astarte, la roca en que brotó una fuente de agua viva al altar de Baál, y y las santas víctimas de Sion á los becerros impuros de Jeroboam.»

Hablando de este modo el Occidente por boca del Sumo Pontífice, demostraba su creencia enteramente conforme con la de las iglesias de Oriente. Pero esta armonía de enseñanza promulgada por el Gefe Supremo de la Iglesia no atrajo á los dos ó tres prelados de la corte que se habían declarado contra las imágenes de Jesucristo y de sus Santos; ellos no respetaron más que las imágenes del emperador; que cuando se tiene en más estima la fortuna que la fé, siempre se procura ponerse del lado del poder que dispensa los favores de la tierra.

Sin embargo, el escándalo suscitado por orden de Leon era tan grande que en todo el imperio se miraba á este príncipe como á un impío que no merecía reinar. Los pueblos de la Grecia y de las islas que de ella dependen tomaron de aquí pretexto para rebelarse. Habiendo elegido por emperador á un

tal Cosme, llegaron con él en octubre de 727 ante los muros de Constantinopla para atacar al príncipe heresiarca. Los apoyos principales de la conjuración eran Agaliano, que mandaba en Grecia, y el general Esteban. Presentaron una batalla, pero el fuego griego decidió bien presto la victoria. Viéndose rodeado de llamas Agaliano se arrojó al mar con todas sus armas; y Esteban y Cosme que cayeron prisioneros fueron decapitados.

Lejos el emperador Leon de tributar humildes gracias á Dios y mostrar su agradecimiento al patriarca German, que se había declarado altamente contra los rebeldes, persiguió á los católicos con mayor rigor y empleó nuevos ardides para seducir al patriarca. Hechas inútilmente varias tentativas le amenazó el emperador con que de grado ó por fuerza prohibiría todos los monumentos del culto, á lo que respondió el Santo prelado: «habíamos oído decir que serian destruidas las santas imágenes, mas no en el reinado de Leon.» — «¿Pues bajo de qué reinado,» dijo Leon? — «Bajo el reinado de Conon,» contestó San German. — «Es verdad, respondió no sin sorpresa Leon, es verdad, que en mi bautismo me dieron por nombre Conon.» — «¡Ay, Señor, exclamó el patriarca, no permita Dios que este borron caiga sobre vuestro imperio! El que cometa tal atentado es un precursor del Anti-cristo, y sus pasos tenderán nada menos que á arruinar los fundamentos del cristianismo (1).» Semejante discurso irritó al emperador; mas el Santo prosiguió diciendo: «Señor, os suplico que traigais á la memoria lo que ofrecisteis en vuestra coronación, y que pusisteis á Dios por testigo de que no haríais mudanza alguna en las tradiciones de la Iglesia.»

(1) *Fragm. Epist. in Graecor. codic. orient. canonum.*

El emperador no cedió; pero trocando los impulsos de su ira en artificios cobardes y péfidos, siguió hablando al patriarca en tono capaz de arrancarle algunas proposiciones ofensivas, y tomar de ellas margen para deponerle como sedicioso.

Estaba apoyado por Anastasio, discípulo del Santo, que defendía en secreto los mismos errores que el príncipe, impelido de la promesa que este le había hecho del patriarcado. Limitóse San German á reconvenir con suavidad á su discípulo acerca de su infidelidad é ingratitud; pero el ambicioso Anastasio no era de carácter de cambiar de resolución por tales causas. Mas impresion le causó otro cargo que le hizo el santo maestro, aunque no fué mas eficaz. Un día en que se dirigian los dos al palacio del emperador, Anastasio, que caminaba detras del patriarca, le pisó las vestiduras: «Hijo mio, le dijo el Santo, no te precipites, que no tardarás en entrar en el Hippodromo.» Anastasio quedó al parecer muy turbado al oír esta espresion profética, y lo propio experimentaron cuantos estaban presentes. Cumplióse en efecto el anuncio del Santo al cabo de quince años, cuando el emperador Constantino, hijo y sucesor de Leon, después de mandar arrancar los ojos á Anastasio, dispuso que luego le paseasen ignominiosamente sobre un asno por la plaza del Hippodromo.

El emperador Leon acusó no obstante de idolatría al santo patriarca, á todos los obispos, y generalmente á todos los fieles. Su prevención y su ignorancia vergonzosa en materia de religion eran muy groseras para que comprendiese la diferencia que hay entre el culto relativo y el absoluto. Cayó en el extremo de despreciar, no solo la veneración debida á las imágenes, sino tambien el respeto á las reliquias y la intercesión de los Santos. Tuvo un Consejo en enero de 730, en el cual publicó un de-

creto en forma contra las imágenes, y San German se negó con firmeza á suscribirle. «Me es imposible, le dijo, hacer innovación alguna sin un Concilio ecuménico que explique la tradición.» No atendiendo el emperador mas que á su enojo, le despojó de su dignidad sin forma alguna canónica, y envió tropa armada al palacio patriarcal, para que le sacasen de él brutalmente y con todo género de ultrajes, sin respetar su edad de mas de ochenta años (1). El prelado se retiró al campo á una casa de sus padres dejando en extremo consternada la ciudad de Constantinopla, cuya Silla venia ocupando por espacio de mas de catorce años. Muchos fragmentos nos han quedado en la Biblioteca de los PP. que dan á conocer la profundidad de su doctrina y la bondad de su carácter. En su lugar fué ordenado Anastasio, después de haberse declarado públicamente contra las imágenes.

Habia en el vestibulo del gran palacio de Constantinopla una imagen sumamente reverenciada, que representaba á Jesucristo en la cruz (2). Decíase que el gran Constantino la había mandado construir en memoria de la señal milagrosa que se le apareció en el cielo, y la titulaban *Antifonetes*, es decir, *fiador ó responsable*; porque estando un comerciante cristiano en la necesidad de pedir prestada á un judío una suma considerable, y habiéndole dado en fianza á Jesucristo representado en esta imagen, tuvo un éxito tan inesperado en sus especulaciones, que le puso en estado de pagar y movió á su acreedor á convertirse. Otros mil prodigios referian de ella. El emperador iconoclasta, principiando por aquí sus sacrilegos escesos, envió á su escudero Jovino para que hiciese pedazos aquella imagen.

(1) *Theoph. an. 10, p. 348.*

(2) *Narr. de Antiph. tom. 2 Bibliot. PP.; Vit. S. Steph. pag. 413; Tom. 7 Concilior. pag. 19.*

Algunas mugeres que estaban presentes quisieron persuadir á Jovino que desistiese de semejante impiedad; pero todo fué inútil. Subió él mismo la escalera y dió tres hachazos en el rostro de la imagen sagrada. Llenas de indignación las mugeres, tiraron del pie la escalera y dejaron caer á Jovino que quedó muerto. Fué sin embargo derribado el Crucifijo, y colocaron en su lugar una simple cruz, á la que no rehusaban honrar los novadores, con tal que no tuviese ninguna figura humana; y aquellas mugeres fueron condenadas á muerte con otras diez personas, y la iglesia griega las venera á todas como mártires por la constancia con que perseveraron en la fé católica.

El emperador, que en su ignorancia no podía sufrir ni á las ciencias ni á los sabios, persiguió principalmente á los hombres mas acreditados por sus conocimientos. Sus predecesores habían establecido cerca del palacio una biblioteca, en la que por una larga serie de regalos había mas de treinta mil volúmenes. El bibliotecario, hombre de un mérito singular, tenia otros doce sugetos bajo su inspección, los cuales enseñaban gratuitamente la ciencia de la Religion, y generalmente todas las demas ciencias. Eran tan universales sus conocimientos y su sabiduría tan acreditada, que los emperadores mas insignes se habían prescrito no emprender cosa alguna extraordinaria sin consultarles. En vano empleó Leon las ofertas y las amenazas para arrastrarlos á su heregia; y sin duda en vista de esto mandó cercar toda la biblioteca con leña seca, y así quemó á los libros y á los que los conservaban (1). Sintióse particularmente la pérdida de las obras de Homero, que estaban escritas con letras de oro en la tripa de un dragon de ciento veinte pies de

(1) *Du Cang. CP. Christ. lib. 2 pag. 151.*